



El adiós de Romo y su limitado poder

(Juan Bustillos, pág. 1-3)

Pese a haber apostado por la amistad, la lealtad y el proyecto de Andrés Manuel López Obrador desde 2010, Alfonso Romo no fue tan poderoso como José Córdoba Montoya, Ramón Muñoz Gutiérrez y Juan Camilo Mouriño, sus antecesores en la jefatura de la Oficina de la Presidencia.

No correspondieron a su lealtad y compromiso, pero no se puede llamar a engaño, pues a tiempo llegó a conocer a profundidad la personalidad de Andrés Manuel López Obrador y de quienes lo cooptaron a lo largo de su lucha por conquistar el poder absoluto. Sabía de antemano que fracasaría ante la tozudez de un hombre convencido de gobernar sin escuchar consejos, pero también incapaz de ir en contra de los radicales de izquierda. Se arriesgó, pero no pudo cambiar la realidad.

Su equivocación fue tal que su salida fue aprovechada por su amigo el Presidente para desaparecer su oficina en nombre de la austeridad, pero sobre todo de la irrelevancia. Conclusión: es descarnado, pero lo tuvo dos años no por amigo sino para pagar que su presencia sirviera de distractor momentáneo a la clase empresarial que se fue con la finta de que el futuro no sería el presagiado por los augures.

Fue jefe de la Oficina de la Presidencia porque lo necesitaran para otras cosas o sirviera de algo, al contrario de sus antecesores en la misma oficina.

Pepe Córdoba fue, él sí, una especie de vicepresidente de Carlos Salinas, factor fundamental en casi todo, hasta en seguridad nacional; encabezó el bloqueo a la candidatura presidencial de Manuel Camacho y, al ser ejecutado Luis Donaldo Colosio, logró influir para postular a su candidato, Ernesto Zedillo. Luego tuvo la sabiduría de alejarse para no constituir obstáculo.

Ramón Muñoz hizo alianza con Marta Sahagún para compartir el poder con Vicente Fox y dar cierta coherencia al primer sexenio de la alternancia. Soporta la leyenda negra de que, por su condición de psicólogo industrial, fue quien aconsejó al entonces Presidente el uso de medicamentos, como el Prozac, para ausentarse de la realidad.

DE FRACASO EN FRACASO

Romo llegó a la jefatura de la Presidencia sin aspirar al puesto, sin aspiraciones futuras y, si hemos de creerle, sólo para ayudar a su amigo a que su clase, la empresarial, fuese aliada de la Cuarta Transformación. Fracásó desde el primer día ante la decisión de López Obrador de encabezar el gobierno de solo un hombre que no escucha, pero es influido por los radicales de la 4T.



La cancelación de la construcción del Nuevo Aeropuerto de la Ciudad de México, mediante la más burda de las consultas populares, hizo añicos su promesa a los empresarios de que no ocurriría y constituyó el primero y el más sonoro de sus fracasos.

Las crónicas sobre su paso por una de las oficinas más cercanas al Presidente dirán que ni siquiera pudo evitar la cancelación de la planta de la cervecera Constellation Brands, salvar el outsourcing, ni evitar que los organismos reguladores energéticos fuesen desmantelados

Como flamante coordinador del Consejo para el Fomento a la Inversión, el Empleo y el Crecimiento Económico, caminó de fracaso en fracaso.

La lista de sus derrotas es larga y resulta ocioso enumerarla, pero no está por demás recordar algunas, por lo menos los más recientes.

CANSADO DE ACUERDOS INCUMPLIDOS

Consciente desde la cena en la Casa Blanca con Donald Trump del incumplimiento de las promesas a los hombres de negocios norteamericanos y mexicanos sobre la participación de la iniciativa privada en el desarrollo de México, el regiomontano imitó a Jesús Seade que atendía la Subsecretaría para América del Norte desde su domicilio en Hong Kong. Se refugió en su rancho de Nuevo León y aparecía esporádicamente por su oficina y se reunía con su jefe y amigo.

De hecho, con pretexto de visitar en Nueva York a Larry Fink, de BlackRock, no viajó con López Obrador a Washington en vuelo comercial. Prefirió usar su avión privado.

El adiós de Romo al gobierno, pero no a la 4T, marca, si no el rompimiento, si el distanciamiento definitivo del sector empresarial con López Obrador, aunque no el de quienes estarán siempre con el Príncipe en turno, sin importar las siglas partidistas o ideológicas. Antes, en alianza con Marta Sahagún, apostaron por el desafuero de quien era jefe de Gobierno de la Ciudad de México para hacer ganar a Calderón. En 2024 seguirán con quien suceda a Andrés Manuel o con quien rompa, de ocurrir, con la continuidad de la transformación.

El impacto mediático y político de la despedida del empresario regiomontano de su aventura burocrática intentó ser amortiguada justificándola con el pacto de que sólo estaría dos años en el gobierno, pero de existir tal acuerdo constituye el secreto mejor guardado de la 4T.



No obstante, se puede escuchar en las redes sociales el reclamo en su nombre del no honramiento de la amistad y las lealtades, así como su cansancio de que los acuerdos nunca se cumplieren.

Romo regresa a lo que mejor sabe hacer, negocios, y el presidente pierde a uno de sus escasos contactos con la realidad. Sólo quedan Claudia Sheinbaum, Marcelo Ebrard y Julio Scherer.

A manera de despedida, en la inauguración del Instituto Mexicano de Ejecutivos de Finanzas, dijo sin tapujos que “No podemos manejar un país que está decreciendo alrededor del 9% como si estuviéramos creciendo al 9%”.

Ese es el país que gobierna su amigo y ex jefe López Obrador quien, para variar, tiene otros datos, y ya no tendrá más jefe, que él mismo, en su oficina.

Monreal, más que oportunista

(Juan Ramón Bustillos, pág. 8-9)

Han pasado seis días del segundo informe del Presidente López Obrador (en realidad, el inicio del tercer año del sexenio) y nada queda en la memoria, si acaso la revelación de su “otro dato”, obsequiado por la secretaria de Gobernación, Olga Sánchez Cordero, de que el 71 por ciento de la población lo apoya

No hay razón para dudar de él, pero sí del dato de Gobernación porque las encuestas profesionales dicen que mantiene niveles altos de popularidad y Sánchez Cordero aún no dice cómo obtuvo el porcentaje; sí, muchos quieren a AMLO, pero no tantos como para justificar el apresuramiento de Ricardo Monreal para que nadie en la 4T, ni siquiera en las redes sociales, le ganara la primicia del anuncio de que, con ese nivel de apoyo popular, si López Obrador se postula nuevamente candidato a la Presidencia, no habría quien le gane.

Es tan increíble el dato presidencial que nadie se atrevió a competir al coordinador de los senadores de Morena en el cultivo yucateco a que sometió a López Obrador.

Hasta los más entusiastas aduladores del Presidente dejaron solo a Monreal con la mano alzada en un desesperado intento de llamar su atención porque a la vista se ha rezagado en la competición tempranera que mantiene con Claudia Sheinbaum y Marcelo Ebrard; ella, claro proyecto de López Obrador y él, vicepresidente de facto.

“Acá toy”, pareció gritar el zacatecano al tabasqueño, sabedor de que ni por asomo cruza por su mente el deseo de modificar la Constitución en la legislatura próxima. Y no por falta de ganas, sino por pragmatismo puro.



No escapa a Monreal que, aun deseándolo con toda el alma, López Obrador está consciente que no existen ni se presentarán las condiciones ideales para seguir en el poder por seis años más.

Quizás sí como el jefe Máximo de la Revolución, Plutarco Elías Calles, o como lo intentó Luis Echeverría, con un minimato. No obstante, siendo tanto parecido con Donald Trump en algunos aspectos, a los 71 años de edad difícilmente se embarcaría en la aventura de protagonizar seis años más de conferencias mañaneras, por más que lo llenen y sean todo en su vida.

Pero suponiendo, como esperamos, que los cuatro años intensos que le faltan al frente del país no lo desgasten físicamente ni incidan en su salud, el tema no es ni físico ni de salud, sino de convicción democrática.

López Obrador reitera en cada oportunidad que dispone de un micrófono su admiración por el apóstol de la Democracia que dio la vida por el sufragio efectivo y la no reelección; también ha dicho insistentemente que no cuenten con él para traicionar su vocación democrática.

Entonces no es por ahí, y Monreal lo sabe.

Pero, además, para reformar la Constitución y permitir la reelección del jefe del Ejecutivo federal y consecuentemente la de los estatales, Morena necesita mantener el control del Congreso de la Unión. Puede conseguir en las elecciones del 2021 el de la Cámara de Diputados, pero Monreal no podría garantizar las dos terceras partes de la votación requerida, a menos que lo auxilie la Unidad de Inteligencia Financiera de Santiago Nieto y someta a las oposiciones.

LOS RIESGOS DEL INTENTO

A Monreal tampoco escapa que la mera insinuación de una reforma constitucional en ese sentido provocaría malestar en todos los sectores de la población, incluido el militar; quizás sería recibida con entusiasmo por los millones de seguidores de Andrés Manuel, pero la polarización social aumentaría a niveles de escándalo y de peligro innecesarios.

De esta suerte, el senador zacatecano sabe que López Obrador podría tener el 100 por ciento de popularidad y desear pasar el resto de su vida en Palacio Nacional protagonizando una conferencia mañanera perpetua, pero se trataría de un sueño guajiro que el propio Presidente rechaza por aberrante.

Entonces, ¿por qué creyó necesario el presidente de la Junta de Coordinación Política de la Cámara Alta lisonjear a López Obrador adelantándose a todos los aduladores a exclamar que lo quiere tanto el pueblo que si se postulara de nueva cuenta volvería a imponerse en las urnas?



Es cierto que en 2018 dejó tan maltrecha a la oposición que no hay quien pudiera hacerle frente, sean ciertos o no sus datos de popularidad.

Digamos que Felipe Calderón no volvería a ganarle; Vicente Fox, con todo y que fue tan popular como él, no conseguiría sus números del 2000; José Antonio Meade no permitiría que lo embarcaran de nueva cuenta en una aventura sin futuro, y Ricardo Anaya no se atrevería a enfrentarlo.

Pero, aun así, ¿López Obrador estaría dispuesto a perder lo ganado en el supuesto de que su proyecto no lleve a pique al país y nos eleve a los niveles de Dinamarca, sólo por pasar a la historia como Álvaro Obregón que, héroe y todo en la Revolución, traicionó a Francisco I. Madero reeligiéndose?

Monreal sabe que en lo último que piensa López Obrador es en repetir el episodio del Manco de Celaya y, en todo caso, no haría gestos, como asenté, si el caso fuera emular al “Turco”. Pero para esto necesitaría que Claudia Sheinbaum, Marcelo Ebrard, el senador por Zacatecas o cualquier otro que se apunte, estuvieran dispuestos a repetir el triste papel de “El Nopalito” Pascual Ortiz Rubio.

Si así fuera, Andrés Manuel, que sabe mucho de historia patria, tiene presente que el general Lázaro Cárdenas, aún y queriendo a Plutarco como un padre, no dudó en enviarle al general Rafael Navarro Cortina, comandante de las Fuerzas Militares del Distrito Federal, a 20 soldados y ocho policías a invitarlo, de parte del Presidente de la República, a abordar un avión en el aeropuerto de Balbuena que lo trasladó a Brownsville, Texas, para iniciar el exilio que duró seis años hasta que Manuel Ávila Camacho le permitió regresar a México.

Es probable que entre los tres aspirantes visibles a suceder a López Obrador haya alguno con las características de Ortiz Rubio, pero ninguno con las del general Cárdenas. Sin embargo, la historia no tiene por qué repetirse detalle a detalle.

Cuando Echeverría pretendió que José López Portillo fuese su “Nopalito”, le bastó un discurso de don Javier García Paniagua en el Monumento a la Revolución recordando que mirando el mar el general Cárdenas concluyó que sólo las olas regresan.

Para no equivocarnos, el entonces subsecretario de Gobernación interpretó a Cárdenas diciendo: “En el estadio superior de la política nacional, los hombres no deben regresar porque son necesarias las sustituciones de ellos en el poder. Es ambición tan perversa como inútil intentar el retorno a la dirección política del país de manos ajenas a la responsabilidad presidencial”.

Así las cosas, se entiende que el Presidente no se diera por aludido con la lisonja y que nadie hiciera coro a Monreal que se exhibió sin necesidad, pues tiene carrera de sobra para competir.



Pero esta vez lució oportunista, como cuando anunció en la Cámara de Diputados la primera muerte en el sexenio de Enrique Peña Nieto sólo para disculparse poco después alegando que alguien lo embarcó con una mentira.

Se sabe que ni el Presidente se lo agradeció, muy al contrario. Quizás en el próximo desayuno se lo diga, pues ya sabemos que el pecho de López Obrador no suele guardarse nada.

Los mejores mexicanos para un real gobierno de unidad nacional *(Sócrates Amado Campos Lemus, pág. 16-17)*

Entendemos que si no existen valores sociales y no hay una moral firme, poco es lo que se puede lograr para tener conciencia de un cambio. Hoy más que nunca, AMLO requiere de una solidaridad real popular para alcanzar a reclutar a los mejores mexicanos para que sean los que puedan exponer y realizar los cambios que se requieren, esto obliga a entender a los grupitos ambiciosos de poder y de recursos que “militan en ‘MORENA’”, que no son indispensables si no saben conducirse para este cambio y no para alcanzar sus cuotas de puestos y presupuesto como ahora lo tratan de hacer.

Al parecer no han entendido que al terminarse los partidos y dejar a la sociedad ver que lo más importante no solamente son los niveles ideológicos y morales de las gentes, sino la capacidad para lograr imponer los caminos de ese cambio sin improvisaciones y con todo el valor profesional que se requiere en los puestos y servicios públicos, por ello, ahora, el camino es lograr interesar y reclutar a los mejores mexicanos para que independientemente de su concepción ideológica y preferencias políticas se incorporen en las acciones conjuntas que se requiere para salvar vidas, empleos, educación, salud, seguridad y entender que lo mejor para México es mantener la paz social que nos permita lograr y estructurar los cambios necesarios para imponer una nueva forma de vida y de calidad en la misma para los mexicanos.

Si entendemos que el nuevo camino de México no son los partidos y sus mafias, tendremos que aceptar que lo que ahora corresponde a los mexicanos es seleccionar a los mejores hombres y mujeres que sean capaces de entender que antes que otra cosa, se requiere tener una concepción social y política unificada que beneficie a la población no a los grupitos, y así, con una política global de unificación y solidaridad social podremos remontar la cuesta que ahora parecería imposible de superar. El proyecto ahora es luchar contra la corrupción y la impunidad, volver a los niveles de seguridad que garanticen la seguridad en vidas y propiedades de los mexicanos, que se regule la atención en la salud pública y que llegue a todos los sectores con eficiencia y sin restricciones como ahora se tienen; que se goce de parte de todos, la capacidad de tener trabajo, acceso a la educación de calidad, salvar vidas.



Y si se cumplen esas metas con seguridad tendremos una mejor calidad de vida y el impulso necesario para continuar en los cambios que se avecinan en el país y en el mundo, cuando las nuevas condiciones económicas nos muestren los nuevos caminos de la producción y la comercialización con beneficios adecuados y un reparto equitativo de la riqueza, para ello hay que reconocer que no se puede tener una política de restricciones altas en los recursos que se deben utilizar en cada caso, ni los pagos a los conocimientos y capacidad profesional de los profesionales que se vayan integrando al proyecto de acuerdo con su capacidad y esfuerzo que tengan en cada caso.

No se pueden tener buenos profesionistas con sueldos bajos porque esto genera una desviación de los esfuerzos para que en vez de que se dediquen a la tarea social se vayan a las actividades de la iniciativa privada y con ello aumentan los costos sociales para las soluciones, por ello, ahora, tenemos una enorme fuga de cerebros al extranjero. Los mejores mexicanos preparados y capacitados por las escuelas oficiales y privadas se van a trabajar en mejores condiciones salariales a otros países y éstos no tienen que gastar nada por su capacitación que nos ha costado a los mexicanos.

Si no entendemos esto estamos perdidos, porque la intolerancia y el dogmatismo de algunos grupitos ambiciosos y resentidos son los que ahora impiden una buena aplicación de los proyectos y sueños que todos tenemos para alcanzar un México más justo y humano.

Por tal motivo muchos analistas explican que lo mejor para evitar los choques de grupitos que solamente generan confusión y divisiones es alcanzar los acuerdos con los mejores mexicanos para que incorporados a un solo proyecto y metas se alcancen los acuerdos para que sean participantes políticos, de acuerdo a un proyecto de PARTICIPACIÓN EN UN ACUERDO POLÍTICO DE GOBIERNO DE COALICIÓN, dejando a un lado a los famosos grupitos que solamente buscan los puestos y presupuestos o el pago de cuotas de poder y que nos han mantenido en las condiciones que ahora tenemos que cambiar porque solamente nos dejaron corruptelas, saqueos, engaños y entreguismo.

NO SÉ SI EL PRESIDENTE TIENE UNA VISIÓN EN ESTE SENTIDO DE LOGAR RECLUTAR A LOS MEJORES MEXICANOS PARA QUE APOYEN LA SOLUCIÓN INMEDIATA DE LOS GRAVES PROBLEMAS QUE TENEMOS HOY, Y DE INCORPORARLOS AL PODER CON SU PARTICIPACIÓN CONCIENTE DE FORMAR UN GOBIERNO DE COALICIÓN Y NO UN GOBIERNO DE GRUPOS POLÍTICOS QUE SOLAMENTE BUSCAN EL MANEJO Y CONTROL DEL PODER Y SUS BANEFICIOS ECONÓMICOS Y POLÍTICOS.



Está definido el proyecto nacional y las obras de infraestructura que se requieren. Los proyectos prioritarios que detonarán el desarrollo de las regiones abandonadas y empobrecidas para incorporarlas a la media nacional, se conoce que los partiditos son solamente grupos amafiados y ambiciosos y que es necesario dejarlos a un lado y encontrar a los mejores mexicanos para incorporarlos a un gobierno de unidad y de coalición con los objetivos precisos de consolidar el poder salvando vidas, fortaleciendo el empleo y la economía, solucionando bien la atención en la salud y la educación y garantizando la seguridad nacional y pública que nos brinde las ventajas para superar la pandemia y sus graves efectos colaterales. Solamente así podrá AMLO integrar y unificar al país y no por medio de los grupitos y mafias de políticos de los llamados partidos y agrupaciones que no tienen representación real y solamente generan desunión y confrontación.